

NOTAS DE CARNAVAL

Eduardo Abaroa

Dicen que el suicidio es contagioso. En algunos países los periódicos prefieren no publicar la noticia cuando alguien famoso se quita la vida, ya que temen provocar el efecto Werther, llamado así por la cantidad de jóvenes que en el siglo XVII emularon al protagonista suicida de la celeberrima novela de Goethe. El magno escritor ejercía desde el principio de esta obra una ironía distante con respecto al sentimentalismo destructivo de su personaje. Sin embargo, Werther se convirtió para los siglos venideros en un emblema del carácter romántico, un antihéroe siempre con un pie al borde del abismo, capaz de conmover con su melancolía fatal a las sensibilidades refinadas. En *Romeo y Julieta*, Shakespeare también trata con ironía la exaltación pasional que lleva a ambos amantes a su destrucción. Estos autores son, desde luego, lo suficientemente sutiles como para evitar caricaturizar a sus personajes, logrando a través de sus plumas que la reflexión sobre la psique humana alcance sus cimas más altas. Pero no podemos más que admitir que hay una dosis de humor negro en estas obras maestras. En ambas, la muerte parece venir en series que siguen una lógica perversa. El camino de la autodestrucción, no obstante lo sagrado y noble que parezca el móvil en una lectura superficial, carece de redención. Las motivaciones de los desafortunados jóvenes están atadas a una cadena de errores y de aberraciones que son el verdadero eje (ciertamente pesimista) de las historias.

Uno de los actos favoritos de los magos es el de hacer que de un sombrero de copa, en apariencia vacío, salga de improviso un conejo blanco. Para ejecutar un truco de magia correctamente es indispensable practicarlos cientos, tal vez miles de veces. Quizá esta repetición se volvió insoportable para el conejo y un buen día éste decidió suicidarse en plena función. De la chistera negra ahora penden un lazo y el roedor ahorcado. El cadáver queda como testimonio del truco fallido, pero el mago desapareció. El sombrero flota en el aire. Sin duda, el animalillo tomó el control de la situación, aún si tuvo que pagar un precio altísimo.

Para comenzar una breve introducción al trabajo de Cynthia Gutiérrez, me parece importante subrayar enfáticamente este acto de repetición. En sus piezas escultóricas más eficaces podemos discernir con claridad una pulsión por aquello que recurre, que a veces corre el riesgo de pasar desapercibido, dada la elegante simplicidad de sus montajes. ¿Cómo puede verse esta mini-tragedia del conejo de *El gran truco* (2008), sino como un ritual mil veces repetido que por primera vez falla? En una pieza relacionada somos testigos de otro espectáculo fallido cuando el sombrero queda atrapado en el muro en *The Show Must Go On* (2010). El show se ha detenido, pero sólo por eso es interesante. Sabemos, sin embargo, que tiene que seguir, una y otra vez. La repetición alcanza a veces un tono delirante, como en *Sweet Chaos* (2010), una veleta que indica con claridad cuatro puntos cardinales: sur, sur, sur y, por último, sur.

Hace unos años, el coordinador para enfermedades mentales de la Organización Mundial de la Salud reveló que mueren al día más personas por suicidios que por guerras y homicidios en su totalidad. Poco consuelo es que los humanos sean, al menos desde este punto de vista estadístico, más crueles consigo mismos que con los demás. Pero en un ambiente de violencia tal como el que vive México en la actualidad, la multiplicación de víctimas es vertiginosa como también lo es el constante repiqueteo de mensajes alusivos a la violencia: expresiones de miedo, impotencia, rabia, escándalo y resignación. No puedo dejar de pensar que algo oscuro recurre aquí, que la redundancia de mensajes puede en sí misma provocar una pulsión mortal, un deseo de morir y matar.

Es así como llegamos a la pieza que nos ocupa. *Notas de carnaval* es evidentemente un parteaguas en la obra de esta artista que, no obstante su fructífera investigación técnica, no había ejecutado nada de estas dimensiones. Se trata de una pieza interactiva, lo que también provoca un contraste con sus trabajos anteriores. Mediante un mecanismo simple compuesto por un recipiente de madera, una soga y una polea, el espectador participa dejando rodar un coco por una plataforma inclinada. Dicha plataforma termina abruptamente en la parte alta de un muro y el coco cae al patio que forma la entrada del museo donde finalmente estalla al golpear el suelo. La pieza parece más una línea de ensamblaje o una empacadora agrícola que un carnaval. Sólo una revisión de la obra reciente de Gutiérrez nos da una pista para comprender la historia que corresponde a esta obra. *Clásico accidente cerebrovascular* (2011) es una cabeza cercenada y blanca de estilo clásico. Como si fuera la foto fija de una película, parece caer al piso. Del cuello brota una planta de plástico. Una decapitación que al parecer anuncia alguna esperanza tranquilizadora y artificial. En *Decapitados: una decoración para nuestro tiempo* (2011), ya es mucho más clara la referencia a la práctica abominable de los criminales mexicanos que, para aterrorizar a sus enemigos y a la sociedad en su conjunto, parecen buscar formas cada vez más inmundas de mutilación, incluida la decapitación. En esta obra, vemos que de la cabeza cortada de una escultura parecen brotar unas mascaradas de seda muy decorativas. Como en otras de sus piezas, estamos frente a narraciones mínimas rebosantes de ironía. El talento de Gutiérrez consiste en lograr estas fábulas visuales que, a pesar de su brevedad, logran abrir interpretaciones inusitadas en espacios de confusión y desequilibrio.

Notas de carnaval es una máquina que trae a la mente los geniales y macabros mecanismos de Raymond Roussel en *Locus solus*. Los cocos que caen al piso desde lo alto son metáforas de las infames cabezas cortadas que han secuestrado la imaginación de todo un país. De carnaval la pieza tiene poco, si bien el título alude a la serie de "cabezas" que van rodando, una detrás de otra, como si estuvieran marchando por la avenida principal. El cinismo de los criminales se vuelve más siniestro a medida que nuestras comunidades y nuestros medios de comunicación se van acostumbrando a esta situación. Nosotros mismos corremos el riesgo de volvernos indiferentes algún día; podríamos llegar a ver a estos muertos como si fueran mercancías en camino a su feliz consumo, en el culto espectacular de los medios masivos. Pero en el espacio de lo artístico lo más oscuro puede ser productivo, y quizá el humor negro sea el último bastión de compasión que nos quede antes de caer en la indiferencia total, la banalidad ante la violencia y el dolor ajeno que observó Hannah Arendt. Las piezas de decapitación de Gutiérrez antes tenían un tono melancólico, pero ahora son máquinas del terror de pacotilla, los síntomas de una colectividad suicida. Quizá este carnaval sea la alternativa viable. Quizá la repetición de cocos, uno, dos, tres, cuatro, como notas de un compás, sea el ritmo de nuestro delirio de ahora en adelante.

Septiembre 2011